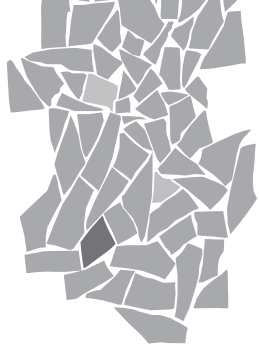


Colección
TRENCADÍS





Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2025
© del epílogo: Carles Sierra
Cubierta e ilustraciones: Pere Fuster
Revisión lingüística: Leticia Oyola

© de esta edición: Andana Editorial, 2025
Av. Aureli Guaita Martorell, 18
46220 Picassent
andana@andana.net
www.andana.net

Nuestro agradecimiento a Lorenzo Soto por su valiosa colaboración en este proyecto.

1.ª edición: noviembre de 2025
ISBN: 978-84-19913-95-1
Depósito legal: V-3048-2025
Impreso en Imprenta Mundo



Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro en ninguna forma ni medio sin la autorización escrita del editor. En caso de necesitar fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirijase a Cedro (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

JORDI SIERRA I FABRA



LA NOVENA DIRECTRIZ



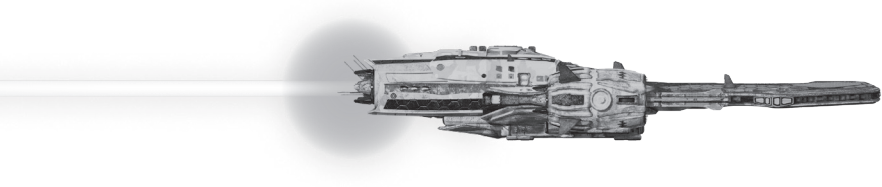
índice

1.	La novena directriz	8
	Prólogo	10
	Primera parte	14
	Segunda parte	78
	Epílogo	134
2.	La puerta del más allá	142
3.	Solo	174
4.	Epílogo de Carles Sierra	226



LA NOVENA DIRECTRIZ

PRÓLOGO



DIRECTRICES QUE REGULAN EL *STATU QUO* ENTRE HUMANOS Y MÁQUINAS, MÁS SUS DERIVADOS, SEGÚN EL PROTOCOLO DE SINGAPUR DE 2072

Primera directriz

Todos los seres humanos, máquinas e híbridos pensantes y conscientes son iguales ante la ley y la Constitución.

Segunda directriz

El grado de humanidad o maquinidad de un ente vivo se determinará por el tanto por ciento de cada parte en el componente final.

Tercera directriz

El grado de humanidad o maquinidad variará con cada intervención, implante, mejora o avance tecnológico experimentado en el cuerpo principal.

Cuarta directriz

Ningún humano, máquina o híbrido será rechazado por su color, nivel o grado de humanidad o maquinidad.

Quinta directriz

Está prohibido realizar experimentos no autorizados en todos los seres vivos.

Sexta directriz

El odio ante un grado de humanidad o maquinidad diferente será considerado racismo.

Séptima directriz

Todo tipo de religión representará un extremismo anómalo para la convivencia entre humanos y máquinas.

Octava directriz

Todo acto violento contra un ente vivo, indistintamente de su grado de humanidad o maquinidad, será contrario a la ley.

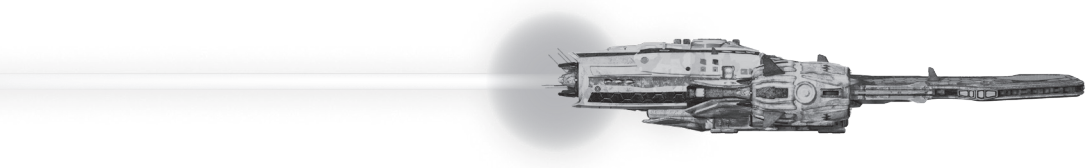
Novena directriz

Solo en caso de supervivencia obligada, el humano tendrá una superioridad moral que le situará por encima de la máquina, y siempre dependiendo de su grado entre iguales.

Décima directriz

Todas estas directrices son imperativas y de obligado cumplimiento, quedando la resolución de casos extremos de (posible) compleja resolución en manos del Tribunal de la Lógica.

PRIMERA PARTE:
DESPERTAR Y
CONSECUENCIAS



En el mismo instante en que abrió los ojos, se dio cuenta de que sucedía algo extraño.

Y malo. Muy malo.

Primero, la sensación de vivir una alucinación. A continuación, el dolor que le agujoneaba el cuerpo. Por último, el golpe demoledor que significaba ver los destrozos de la nave.

Destrozos palpables.

Tremendos.

Como si una mano salvaje la hubiera agitado en mitad del espacio, apretándola como un trapo sucio.

Intentó moverse.

Le costó.

—¿Pero qué...?

No recordaba nada. Tenía un agujero del tamaño de un planeta en mitad del cerebro. Su mente estaba en blanco.

¿Cómo era posible?

Quedó sentado en el suelo, apoyado en la mampara de la consola principal. Se examinó a sí mismo, asustado por lo que pudiera encontrar. ¿Las piernas? Bien, tenía movilidad en ambas. ¿Los brazos? También. ¿Las manos? Agitó los diez dedos sin problemas. El resto... La cabeza, en su lugar, sin ninguna herida visible; respiraba fatigosamente, por el susto, pero lo hacía sin ninguna opresión en el pecho. Solo golpes, como si le hubieran dado una paliza.

La explosión debía de haberle lanzado contra la consola, y ahí se había quedado.

¿Una explosión?

¿De qué tipo? ¿Y por qué?

Las naves no explotaban. Para eso se habían inventado tantos sistemas reguladores. Si fallaba A, estaba B, y, si fallaba B, estaba C, y luego D, E, F...

Se llevó la mano a la cabeza.

¿Por qué aquel vacío mental?

No tenía sentido.

Cerró los ojos, se concentró. ¿Qué era lo último que recordaba? Sí, lo último...

Él, de pie, mirando la pantalla.

Solo eso.

Nada más.

De acuerdo. Punto. Ya recuperaría los recuerdos cuando tocara. Ahora lo más importante era comprobar los daños. No sabía si iba o venía, si estaba cerca de la Tierra o de cualquier otro planeta. No sabía nada. Ni tampoco si era una nave de carga, exploratoria, científica...

Se incorporó despacio.

Ninguna reacción anómala.

Una vez en pie, dio los primeros pasos por aquel caos. El entorno daba la impresión de haber sufrido los efectos de un cataclismo. Hierros retorcidos como si fueran de cartón —dobladitos extravagantemente—, mamparas rotas, sistemas destrozados... Viendo aquello, y al margen de todos los protocolos y reguladores automáticos de control, lo extraordinario era

que la nave no se hubiera desintegrado. Los mismos ventanales habían resistido el embate de aquella fuerza demoledora.

Miró por el de la izquierda.

El espacio infinito.

Se acercó al de la derecha.

Allí estaba, como siempre, llena de vida y esperanza.

La Tierra.

Tan cerca, tan lejos.

Desde ese ventanal también se veían mucho mejor los daños estructurales de la nave.

Parecía haber sido acribillada por una nube de meteoritos asesinos.

Las dos secciones de cola prácticamente habían desaparecido. Eran amasijos informes de hierro. La tercera estaba destripada, abierta de par en par. La más próxima al módulo de mando apenas si resistía unida a él por un enjambre de cables, como si fueran cuerdas que tiraban de ella.

No había nada más.

Yoran tragó saliva.

«No pierdas la calma», se dijo.

Para eso los entrenaban, ¿no?

En el espacio nada era seguro, estable o fijo. Cualquier cosa podía suceder.

Y a veces, sucedía.

El sistema de emergencia proporcionaba la suficiente luz como para no tener que moverse a oscuras. Era una luz pálida, azulada y fría. Casi espectral. Pero lo que más le impresionó, de pronto, fue el silencio.

Tan denso...

—Uno, ¿estás ahí? —preguntó.

El ordenador central no respondió.

Eso aumentaba la gravedad del problema.

Sin él... ¿qué opciones tenía?

Tenía o... tenían.

¿Y los otros?

¿Dónde estaban Zarko y Xeilan?

—¡Eh!

Nada.

—¿Me oye alguien?

El mismo silencio.

En la mesa de control, casi todas las luces estaban apagadas. Las únicas que se movían eran las del reloj de a bordo. Los dígitos que marcaban las horas.

Gracias a ellos supo algo importante.

Que volvían a casa.

La cuenta era regresiva. No indicaba la hora de la nave ni la de la Tierra. Indicaba lo que se suponía que era el momento de reentrada en la atmósfera terrestre.

Menos nueve horas y dieciocho minutos con veinticinco segundos.

Veinticuatro.

Veintitrés.

Así que le quedaban poco más de nueve horas y cuarto para hacer algo.

Para sobrevivir.

Dio los primeros pasos por el módulo, atemperando la ansiedad, y comprobó los daños producidos fuera de él. Se

asomó al conducto que llevaba al almacén, situado en la parte inferior, y lo vio intacto. Luego miró hacia arriba, a la zona donde dormían en las cabinas del puente superior, y también comprobó que los daños eran mínimos. Ninguna fuga. Se mantenían estancas. Al frente quedaba el pasillo central, desde el cual ya no podía llegar a las otras secciones y cuya puerta de seguridad debía estar bloqueada. El mismo pasillo se ramificaba en dos áreas independientes: el submódulo de emergencia, con las cápsulas de escape, y la cámara que enlazaba con el exterior, dotada de un compartimento de descompresión y los equipos para salir al exterior.

—¡Eh! —volvió a gritar.

¿Y si Zarko y Xeilan estaban en las secciones posteriores de la nave en el momento de producirse... lo que fuera?

Pensaba en ello como una posibilidad aterradora, porque eso conllevaba que estaba solo, cuando de pronto escuchó el gemido.

Humano.

Cercano.

El gemido de alguien que estaba volviendo a la vida.